



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

¿Damos un buen ejemplo?

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Eterno derrama a manos llenas su benevolencia sobre los seres humanos, aun sobre los más degenerados. Ninguno es excluido por nuestro Padre que está en los cielos; hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos.

El Eterno no retiene su bendición, la extiende a todas partes. Pero los que no están en armonía con El no pueden captarla; se les escapa continuamente a causa de su mentalidad que está en oposición con el espíritu de Dios; es lo que nos explica la parábola del sembrador. La semilla no brota lo mismo por todas partes, sino que hace falta un terreno adecuado. Para que el terreno esté apropiado a la semilla, conviene prepararlo, porque de lo contrario la semilla no puede fructificar.

La semilla que cae junto al camino es cuando no se entiende la palabra del Reino; vienen las aves del cielo y comen todos los granos. Las aves del cielo son los pensamientos egoístas del mundo que destruyen la buena semilla. Con esto vemos cuan importante es que tan sólo cultivemos buenos pensamientos.

Naturalmente, esto requiere una completa reforma de nuestro corazón. En efecto, a menudo nos vienen malos pensamientos, tenemos suspicacia, celos, dudas, animosidad. Aun tenemos a veces un espíritu pendenciero.

¿Cómo podríamos no ser felices con la profusión de benevolencias que hemos recibido del Eterno? ¿Cuál es la causa de que nos sintamos tristes? ¿Cómo es que después de haber sido colmados con toda clase de benevolencias todavía no estemos contentos?

Esto demuestra que nuestro corazón no está para nada acondicionado y que requiere de veras una buena compostura. Cuando un terreno, que quizás no era bueno, ha sido suficientemente trabajado, acaba a veces por ser extraordinariamente bueno. Basta con dedicar a su preparación todo el ardor y toda la perseverancia indispensable.

Es menester pasar el arado en él y si hace falta el arado hondo, el que penetra en él suelo hasta 70 cms de profundidad. Esto significa para nosotros las pruebas de fondo, dolorosas y quemantes, pero excesivamente saludables. En efecto, cuando semejante reja de arado labra el corazón, esto duele mucho; se producen a veces penas muy dolorosas, pero después aparece la salud y la curación.

Los surcos que el arado abre en nuestros corazones, son los dolores físicos que pueden alcanzarnos y sobre todo los dolores morales, que a veces nos hacen atrozmente sufrir. Pero cuando el arado ha pasado a través del campo, y que los terrones han sido congelados por el

frío del invierno, se puede pasar seguidamente la rastra y la canadiense, y queda entonces el terreno bien mullido. Es así como un terreno duro como la piedra, preparado de esta manera y luego de sembrado puede dar magníficos resultados. Este es el efecto que las pruebas producen en nuestro corazón.

Lo que nos procura las pruebas, es sobre todo nuestra mentalidad deformada. Si fuera buena nuestra mentalidad, las pruebas serían muy pequeñas. Cuando alguien es humilde, le son evitadas muchas pruebas.

En cambio, cuanto más orgullosa es una persona, más está a la merced de toda clase de cosas que la hacen sufrir horriblemente. Esto le desgarran el alma espantosamente, y tiene que pasar por terribles dolores. Todo esto proviene de nuestro carácter defectuoso.

Se trata, pues, de corregirnos. Cuanto más activos seamos en esta dirección, más pronto quedaremos desembarazados de nuestra horrible mentalidad. Es al pie del muro que el albañil levanta que se conoce su aptitud.

Entre los hijos de Dios ha habido magníficos obreros. Yo admiro al apóstol Pablo, y también admiro al apóstol Juan. Le tengo igualmente una simpatía muy grande al apóstol Pedro. Desde luego, este último tuvo algunas debilidades y caídas; pero los surcos que el arado abrió sucesivamente en su corazón prepararon poco a poco el terreno para producir una maravillosa cosecha.

El apóstol Pablo fue muy enérgico con el apóstol Pedro. En ciertas ocasiones le reprendió en su conducta. Mas Pedro fue muy dócil, y nunca dijo palabra alguna desfavorable acerca del apóstol Pablo, aunque éste le pusiera de veras entre la espada y la pared.

Estas, pues, son maravillosas personalidades que dedicaron todo su corazón para combatir el buen combate de la fe. Nosotros mismos tenemos también algo esencial que realizar, que es la docilidad. El corazón del hombre es indócil porque es egoísta.

A los seres humanos les cuesta mucho trabajo obedecer. Cuando les proponen algo, buscan siempre rodeos. Invocan toda clase de razones para mostrar que su manera de proceder es mucho más acertada que la que les aconsejan. Esto se percibe también a menudo entre nosotros.

Es seguro que, con esta forma de proceder, tenemos la fe minada en su base. Entonces la situación requiere que se abra otro surco con el arado, es decir, una nueva prueba. Esta nos pone entre la espada y la pared, y a menudo, de buenas a primeras, no sabemos el porqué. En cambio, el Señor sabe muy bien porque

nos sucede. Si fuéramos un poco más dóciles, ¡cuántas dificultades nos evitaríamos!

El Eterno no se olvida de nadie. Cuando acepta a alguno como hijo, lo considera como un hijo muy amado, del cual toma mucho cuidado, y lo conduce admirablemente. Cuando el hijo es dócil, el resultado es glorioso. Todo esto nos permite comprender cada vez mejor la multiforme sabiduría de Dios y su obra sublime. Por mi parte, no me agradaban las pruebas, y las había que me ponían incluso la carne de gallina. Pero tan pronto como llegué a comprender y a sentir que el Eterno era el Omnipotente, que El mismo llevaba el timón y que nada se le pasaba desapercibido, empecé a cobrar confianza.

La prueba de los discípulos en la barca, en medio del huracán, no los encontró afirmados ni preparados. Despertaron al Maestro diciéndole: "Maestro, perecemos". Y sin embargo ellos eran marineros aguerridos. Era preciso que la tormenta fuese de una violencia extrema para espantarlos así sobremanera. Pero sabemos lo que el Señor les contestó: "¿Por qué teméis, hombres de poca fe?" En efecto, su temor era más fuerte que su fe.

Los tres hebreos condenados a ser arrojados en el horno de fuego ardiendo manifestaron mucho más fe y valor. No temblaron y dijeron: "El Señor puede librarnos de tu mano, oh rey, pero si no nos libra, le permaneceremos de todos modos fieles." En este caso su fe fue sometida a una prueba muy grande, y se reveló maravillosamente.

Por eso, aun actualmente, los tres hebreos son para nosotros una demostración sublime de fe, de perseverancia y de valor. Y sin embargo sólo se beneficiaban de la gracia del antiguo pacto, mientras que los discípulos estaban bajo la gracia del nuevo pacto, pero a pesar de todo les invadió el temor.

Como lo vemos, el éxito depende únicamente del carácter adquirido y de los esfuerzos anteriormente hechos. Si éstos han sido suficientemente grandes, nos procurarán una estabilidad y una firmeza magníficas en el momento del peligro. Pero si el carácter no está suficientemente formado, las dificultades y los temores son posibles.

Por eso, es indispensable que formemos una mentalidad divina. Cuando resulta adquirida esta mentalidad del Reino, el temor desaparece a causa del amor que hemos realizado. Como lo dicen las Escrituras: "El perfecto amor destierra el temor".

Antes yo no podía comprender cómo el amor podía desterrar el temor. Era un profundo enigma para mí. Como ahora lo he experimentado

efectivamente, comprendo muy bien el enigma. Es cuando se establece la circulación en nuestra alma con el trono de la gracia como nos beneficiamos de esta quietud y de esta estabilidad.

Cuando amamos al Eterno con todos nuestros pensamientos y con todo nuestro corazón, nada más puede separarnos de El en adelante el temor es completamente vencido. Sabiendo que el Eterno es omnipotente, tenemos la certidumbre de que ninguna resistencia contra El es eficaz. Por lo tanto, no hay nada que temer cuando El está a nuestra diestra, pero es menester hacer lo necesario para que pueda seguir a nuestra diestra.

Todos los hombres de Dios nos han dado magníficos testimonios, todos lo hicieron según las disposiciones de su propio carácter. El profeta Isaías percibió visiones sublimes del reinado futuro. El nos dejó una espléndida ilustración de la paz. Nos muestra a la vaca y a la osa paciéndose en un mismo pasto, y a un niño conduciendo a animales salvajes.

Es una imagen simbólica, poderosamente expresiva de la armonía del Reino de Dios. También nos muestra Isaías cuan amable es el Eterno, cuan lleno de ternura y de bondad. En su capítulo 9, habla de nuestro querido Salvador. Dice que de la virgen nacerá un niño, que será llamado Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz.

En su primer capítulo, Isaías muestra la situación del pueblo judío y dice de parte del Eterno: "¿De qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? Cuando levantáis las manos y oráis, no escucho. Tengo horror de vuestras nuevas lanas y de vuestros sábados".

Después, siempre de parte del Eterno, dice: "Juzguemos las cosas con rectitud. Si os humilláis de corazón, aun si vuestros pecados fuesen rojos como el carmín, vendrán a ser blancos como la lana."

Otro pasaje declara: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos. Como es más alto el cielo que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más que vuestros pensamientos". Y también: "Venid, comprad sin pagar. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no alimenta?"

Isaías 28 aclara: "Coméis inmundicias, toda mesa está llena de sucios vómitos." Este era un lenguaje sin equívoco y, por cierto, si el pueblo de Israel hubiera sido suficientemente atento y sensible, habría comprendido su situación y se habría enmendado.

El dice también: "Es con labios tartamudos, y en extraña lengua que hablaré a este pueblo. Le hablaré al pueblo por labios balbucientes, que no hacen vanos discursos, sino que conocen la verdad: por personas que tienen un corazón para amar y para sentir toda la grandeza del Eterno y de su Obra". Comprendemos que, con tales censuras, los que no eran sinceros y que tenían algo sobre su conciencia, no podían estar en perfecta armonía con el profeta Isaías.

En todo caso, todos los profetas tuvieron una vida ejemplar y edificante. Muchos de ellos tuvieron serias experiencias que pasar, como el profeta Amos. A Jeremías se le pidieron cosas que, naturalmente, no eran fáciles de ejecutar, en vista de hacer comprender al pueblo de Israel, con ciertas comparaciones, la situación en que se encontraba.

Es muy comprensible que los seres humanos egoístas no puedan asimilarse los caminos divinos, y que busquen una salvación egoísta, la cual sin embargo no existe. En el tiempo del

Señor Jesús era también así entre los judíos.

Eran meticulosos hasta el exceso para cumplir con los ritos de la ley de Moisés. Pero, por otra parte, tenían un corazón duro como la piedra; no habían comprendido de ningún modo el pensamiento del Eterno.

El Señor Jesús vino a enseñarnos una línea de conducta completamente desinteresada de sí mismo, y llena de interés a favor de los demás. Se abnegó con toda su alma. El Hijo de Dios, durante su anterior existencia, no hizo más que una sola cosa: honrar a su Padre en toda su línea de conducta.

Los profetas dieron maravillosos testimonios concerniendo a nuestro querido Salvador. Zacarías reveló de antemano algunos episodios de la vida del Hijo muy amado de Dios en la tierra. Dijo: "He aquí tu Rey viene, lleno de dulzura, montado sobre un pollino de asno". Y todos estaban entusiasmados, y clamaban: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" El vio esto en su visión, y lo anunció de antemano.

Los salmos mencionaron de antemano la tormenta que sobrevino en el lago de Genesareth. Isaías habla de la vida del Señor, y muestra de una manera maravillosamente amable el amor que le tiene el Eterno a su viña en estos términos: "Yo Jehová la guardo, cada momento la riego; la guardo de noche y de día, para que nadie la dañe".

Si es así ¿cómo queremos que esta viña no produzca frutos en abundancia, frutos llenos de sabor y de vigor? Esto ya queda manifestado. Pero se ha necesitado mucho tiempo para hacer madurar los frutos de esta viña, para encontrar verdaderos colaboradores bastante fieles para realizar el fin propuesto.

Nuestro querido Salvador, en la última noche que pasó con sus discípulos, les dijo entre otras cosas: "Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el Labrador. Vosotros sois los pámpanos. Todo pámpano que no lleva buenos frutos es cortado. Los buenos pámpanos son podados, para que lleven mucho fruto".

En esa noche memorable, les dijo también a sus discípulos, al presentarles los símbolos del pan y del vino: "No beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba con vosotros en el Reino de mi Padre".

Por su lado, Isaías dijo de parte del Eterno: "Haré en este monte a todos los pueblos un banquete de manjares suculentos, de vinos añejos refinados; quitaré la cubierta que cubre todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones; destruiré la muerte para siempre".

Estas eran visiones inefables en el bendito Reino de nuestro querido Salvador. Cuando leemos todas estas cosas y las absorbemos, nuestro corazón se llena de gozo y de alegría. Por eso, queremos ser fieles y vivir el programa divino. Nuestro querido Salvador les dijo a sus discípulos: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros".

Yo tomé a pecho este pasaje y me sondeé a mí mismo. Me dije: ¿Amas a este hermano o a esta hermana? Así pude darme cuenta de que no los amaba a todos como debía. Por eso me dije: "Hay que repetir la lección hasta que la aprendas; pues un hecho es seguro, debes amar con todo tu corazón".

Le pedí al Señor que me asistiese, y me ejercité con perseverancia, habituándome a orar por los hermanos y hermanas a quienes me costaba bastante amar. Entonces procuré ayudarlos, apoyarlos, reparar las brechas y cubrir

sus déficits. Es así como pude realizar el amor de la familia de la fe.

Cuando se nos recomienda: "Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor", comprendemos ahora mejor su significado. Es a causa del testimonio que dieron, que soportaron todas estas cosas. En cuanto a nosotros, debemos también dar el testimonio del amor divino. Este testimonio nos cuesta también aflicciones, porque al principio no nos comprenden y nos combaten.

Se trata de perseverar, de formar esta magnífica familia divina, en la cual están unidos hermanos juntos en armonía y donde hay la bendición. Entonces es un amor maravilloso que no puede alterarse, y que ninguna dificultad puede empañar. Como lo he dicho, los tres hebreos le tenían un amor verdadero al Eterno, y, por consiguiente, la tribulación no pudo separarlos de El.

Ahora el Señor nos hace también la pregunta que le hizo a Pedro: "¿Me amas?" Y si le respondemos que sí, él nos dice: "Apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas". ¿Cómo podríamos apacientarlos mejor, sino dándoles el buen ejemplo?

Nada estimula tanto como el ejemplo dado por medio de la verdad vivida y también por la bendición que reposa en nosotros. Queremos, pues, honrar el Nombre del Eterno, inspirándonos de los nobles testimonios dados por los profetas, y sobre todo por nuestro querido Salvador y por los apóstoles.

El apóstol Juan fue desterrado cierto tiempo en la isla de Patmos, y así pudo recibir en ella la revelación del Apocalipsis. Por este hecho, pudo traer una grandiosa bendición. Como lo vemos, el Señor dirige todo con inefable sabiduría e infinita benevolencia.

Siempre es para el bien de sus queridos hijos, a fin de permitirles dar un testimonio mediante el cual dispensan una bendición inefable. Por tanto, de veras podemos decir en cualesquiera circunstancias que siempre todo concurre para bien de los que aman a Dios.

Por eso, nos alegramos mucho de entregarnos completamente en las manos del Eterno, contando con todo nuestro corazón con su gracia, y diciéndole con gozo y convicción: "Donde tú quieras, cuando tu quieras y como tu quieras, Señor."

Preguntas para el cambio

– del carácter –

1. ¿Hemos podido vencer la pereza espiritual, podido atraer el espíritu de Dios, amar, renunciar, ser humildes y dóciles?
2. ¿Hemos desarrollado el amor verdadero, desechado todo orgullo, enemistad, sido una fuente de bendición, un rayo de sol?
3. ¿Cómo hemos realizado las pruebas de fe, de paciencia, de sinceridad, y cuáles han sido nuestros progresos en el altruismo?
4. ¿Hemos podido seguir fielmente los consejos divinos, aceptado el arado revelador y curativo, sido pacientes y generosos?
5. ¿Hemos podido dejar algunos malos hábitos, evitar la hipocresía, la mentira, desarrollar más fe y energía en el combate?
6. ¿Cómo hemos realizado nuestras lecciones de unidad, de gratitud, de amistad fraternal y de sinceridad?